

ACTO TERCERO

Sala baja en el palacio de Alto-Rey. En el fondo dos grandes rejas por las cuales se ve un patio con árboles separado de la calle por un muro bajo ó empalizada. A la izquierda, puerta por donde entran los que vienen de la calle. A la derecha, puerta grande que comunica con el interior.—Mesa grande á la derecha, con cajón practicable; á la izquierda otra mesa sobre la cual hay piezas de puntilla y cajas de flores artificiales, pasamaneria. Parte de estos objetos están á la vista, fuera de las cajas. Debajo de la mesa, más cajas. En el fondo grandes armarios antiguos, con puertas de nogal. En el ángulo de la derecha un perchero con ropa de María. Esta, junto á la mesa de la derecha, de perfil al público, toma nota de existencias. Viste con elegante sencillez; se cubre con un largo delantal. Cirila está mirando á la calle por la reja. Óyese lejano rumor de panderetas y cantos populares.

ESCENA PRIMERA

MARIA, CIRILA

MARIA

¿Pero qué bulla es esa?

CIRILA

Primer día de ferias. El pueblo quiere divertirse. (Dirigese á la mesa de la izquierda.)

MARIA

Sigamos. De puntillas quedan... dos cajas...

CIRILA

(Contando piezas de puntilla.) Dos, y estas cuatro piezas.

MARIA

Lástima no haber traído más.

CIRILA

Inspirada fué tu invención de esta granjería. Los tenderos de aquí traían un género anticuado, carísimo, y más falso que Judas... y tú, pidiéndolo directamente á la fábrica y contentándote con una ganancia corta...

MARIA

(Atenta á sus notas.) Dosecientas doce. (Hace su apuntación en pie.)

CIRILA

(Suspendiendo el trabajo.) ¿Sabes, mi ángel, que es una maravilla lo que has hecho? En poco más de dos meses...

MARIA

Dos meses y algunos días desde aquella noche... Parece que fué ayer...

CIRILA

Cuando le vendiste á doña Vicenta tu ropa... ¡Ay, de rodillas debiera adorarte la familia! Mira que... Imposible parece...

MARIA

Vamos, Cirila, no te entretengas. Si no me ayudas, tendré que volver á ponerte en la cocina. (Pasa á la mesa de la derecha.)

CIRILA

¡Ay! no, no: déjame aquí. (Vuelve á su trabajo.) Por cierto que con la nueva cocinera están muy contentos los señores. Tu papá la llama *el jefe*. Esta mañana, á más del *rosbif*, ha traído Bernarda unas aves riquísimas, pavipollos que parecen bolas de manteca... un jamón de York... pasas de Corinto para hacer *plum pudding*... té superior... *foie-gras*... y vino blanco, de ese que llaman *Chablis*... (Pasa á la derecha.) ¿Pero no sabes, bobita? (Con misterio.) Quieren convidar á comer al señor de Corral.

MARIA

(Vivamente.) ¡A ese gahnápiro insufrible!
¡Vaya que es gana de contrariarme! Sabien-
do mi antipatía, mi repugnancia...

ESCENA II

Las mismas; MENGA. Mozuela del pueblo, vendedora en la plaza. Viste pobrementé; trae al brazo un gran cesto con sus variadas mercancías; en la mano un palo tarja. Su hablar es áspero y descarado.

MENGA

(Por la izquierda.) ¿Há lugar, muesama?

MARIA

Adelante, Menga.

MENGA

Si quié que ajustemos la cuenta... (Saca un bolsón mugriento.)

MARIA

Vamos allá. (Se sienta. Saca del cajón de la mesa una cestilla con dinero y un papel.)

MENGA

Léame la apuntación, á ver si hay conformidad.

MARIA

Tienes que darme: pesetas...

MENGA

(Vivamente.) ¡Noramala con las pesetas!
¡Cuénteme por benditos riales!

MARIA

Pues cuatrocientos ochenta reales. Bien clarito está.

MENGA

No, muesama.

MARIA

¿Que no? Pues haz tú la cuenta.

MENGA

Cuenta clara. (Mirando el palo en que tiene hecha la cuenta por cortaduras á navaja.) Sesenta piezas.

MARIA

Sesenta piezas.

MENGA

A siete y medio. Pus son: cuarenta dieces, más cuatro cincos, que hacen veinte,

menos sesenta medios riales. Esto sí que es claro.

MARIA

A ver. (Mirando la tarja.) Ya... es que tú te descuentas tu corretaje...

MENGA

¡Pus no!

MARIA

¡Pero si del corretaje te llevo yo cuenta aparte! (Saca otro papel.) Toma: treinta reales. (Se los da.)

MENGA

(Coge su dinero. Saca del bolsón billetes y plata.) Cuentas claras: cuarenta y cinco dieces, más seis cincos... Ahí tiene.. Ahora, deme (Sacando cuenta mental, ayudada de los dedos) veinte piezas, y otras veinte, y cinco más.

CIRILA

Cuarenta y cinco. Toma. (Se las va contando.)

MENGA

Las aldeanas no quién otra cosa. Yo les digo que to l' señorío de Madril lo gasta, la Reina mesmamente en sus camisolines... y

que lo train de unas fráicas nuevas de las Alemañas, ó del quinto infierno.

MARIA

No te quejarás, Menga: bien te doy á ganar.

MENGA

No hay queja, muesama. Pero vea: siete bocas tengo que tapar: mi madre, mi güela de padre, mi güelo de madre, y cuatro sobrinos mocosos, tamaños así.

MARIA

Pero tú ganas mucho. Eres gran comercianta.

CIRILA

Pues no llevas aquí poco material. (Mirando el contenido del cesto.)

MARIA

¿Qué vendes, á más de la puntilla?

MENGA

(Mostrando sus mercancías.) Poca cosa: vendo cangrejos, peines, cuerdas de guitarra, alhuyas para los chicos, y velas para los difuntos.

CIRILA

¡Ay, qué allegadora!

MARIA

Dios la protegerá. (Entra Vicenta por la izquierda.)

ESCENA III

Las mismas; VICENTA.

VICENTA

¡Queridísima...!

MARIA

¡Oh, Vicenta...! (Se levanta. Alegre va á su encuentro.) ¿Qué hay, qué noticias me trae?

VICENTA

(Con entusiasmo.) Hija, las flores y pájaros para adorno de sombreros han tenido una aceptación colosal. ¡Qué feliz idea! No llegaban acá más que porquerías anticuadas... Me ha dicho Josefita que se queda con todo, y que le mande usted la factura.

MARIA

Bien. (Destapa cajas y le muestra más flores y otros objetos.) Tengo más, mucho más... Mire, mire: aquí más flores... pájaros lindísimos... Aquí cascos de paja... ¡Vea usted qué cosa más elegante!

VICENTA

(Con grande admiración.) ¡Oh, qué maravilla!

MARIA

(Sigue mostrando.) Vea la encajería para adorno de vestidos.

MENGA

(Acercándose con Cirila y admirando aquellos primores.) Miá, miá, lo que trujo pa las señoras de acá... ¡Hale con ellas, muesa, y engañelas y sáqueles la enjundia, que son bien ricachonas!

VICENTA

Ha tenido el talento de adivinar los adelantos de esta villa...

MENGA

¡Qué no discurrirá ésta, si tié los demonios en el cuerpo!

CIRILA

Los ángeles tiene, que no demonios, bruta.

MENGA

Lo mesmo da... que hay dimonios del Cielo.

CIRILA

¡Jesús, qué blasfemia!

MENGA

O angelicos de los infiernos... Dígolo porque ésta paiz un dimonio, y es, como quien dice, santa... Ea, dame lo mío.

CIRILA

(La va cargando de piezas.) Santa es: no lo sabes tú bien.

MENGA

(Acomodando su carga en el cesto y en la cabeza.) Echa más... ¡Arre ahora!

MARIA

¡Adiós Menga, ricachona!

MENGA

(Abrumada con su carga.) Adiós, Santa Mariucha. (Vase por la izquierda.)

MARIA

(A Cirila.) No te necesito por ahora. Acompaña un ratito á mamá. (Vase Cirila por la derecha.)

ESCENA IV

MARIA, VICENTA.

VICENTA

Josefita colocará desde luego parte de estos primores. Ha estado usted felicísima. Agramante será dentro de poco un pequeño Madrid. Como dice Nicolás, la ola del lujo avanza, avanza...

MARIA

Tendrá Josefita muchos encargos.

VICENTA

Como que se verá muy mal para poder cumplir. Ya sabe usted que para la inauguración del nuevo teatro tendremos aquí la compañía del Español. Nos abonaremos... todo el señorío.

MARIA

Y venga lujo, vengan flores y encajes... y sombreros grandísimos, que son lo más propio para teatro.

VICENTA

Lo más elegante.

MARIA

Así da gusto ver las butacas, hechas un bosque de plumas.

VICENTA

En nuestro lindo coliseo, desplegará la aristocracia agramantina un lujo... (Sin recordar el adjetivo.) ¿Cómo se llama al lujo?... ¡Ah! inusitado.

MARIA

¡Bien por Agramante!

VICENTA

Y ahora, otra cosa. (Se sienta frente á ella.) Y esto que voy á decirle, querida mía, es un tantico desagradable...

MARIA

(Alarmada.) ¿Qué, Vicenta?

VICENTA

No, María, no es para asustarse... Soy su mejor amiga; me intereso mucho por usted, y quiero prevenirla de ciertos rumores...

MARIA

(Serena.) ¿A ver, á ver?... ¿Qué dicen de mí?

VICENTA

Naturalmente, todo el mundo encuentra muy extraordinario, encuentra inverosímil que una mujer sola pueda...

MARIA

¿Levantar del suelo á una familia, sostenerla en una pobreza decorosa?... ¡Vaya con el milagro! ¿Y de esto se asombran?

VICENTA

Se asustan, se escandalizan. Este compra y vende de una señorita noble, hija de Marqueses, no está en nuestras costumbres.

MARIA

Ni ello les cabe en la cabeza á estas mujercitas encogidas y para poco... Como si lo estuviera oyendo, Vicenta... dirán que una mujer no puede ganar dinero...

VICENTA

Honradamente. Se lo digo á usted con toda esa crudeza para que se indigne.

MARIA

No, amiga mía: si no me indigno.

VICENTA

¡Y se queda tan fresca!

MARIA

Cuando me determiné á sacar á mis padres de la miseria, por los medios que usted conoce, ya conté con que me habían de tomar por loca, ó por otra cosa peor... y fortifiqué mi alma contra esos ataques... que no podían faltar.

VICENTA

¿De modo que usted no teme...?

MARIA

¿A lo que llaman la opinión, á la falsa crítica, á la mentira maliciosa? No la temo. Todo es pura espuma, y yo soy roca.

VICENTA

Dios la conserve á usted en esa fortaleza y serenidad.

MARIA

Con ellas me va muy bien: nadie viene á turbarme...

VICENTA

¿Nadie? (picaresca.) Eso no es verdad; que por ser usted mujer de tanto mérito, no le falta el asedio de pretendientes, alguno tan enfadoso como el pobre Corral...

MARIA

¡Mentecato como ese!

VICENTA

Loco está por usted, y á los desdenes responde con mayor exaltación... La verdad: yo, en el caso y en las circunstancias de usted...

MARIA

(Imponiéndole silencio.) No siga, Vicenta, se lo suplico... y hablemos de otra cosa. (Transición rápida á las ideas alegres.) Hablemos de esto, de mi lindo comercio. ¿Sabe usted que tengo que ver á Josefita y acordar con ella plazos, precios...?

VICENTA

Iremos juntas. Yo también tengo que verla. ¿Vámonos ahora?

MARIA

Dentro de un rato, si le parece bien.

VICENTA

(En actitud de despedirse.) Viene usted á mi casa, ó llama desde el balcón... (Recordando.) ¡Ah!... Otra cosa: ya decía yo que se me olvidaba lo más importante... Esta tarde empiezan las fiestas de la Virgen de las Mieses... Es la locura de Agramante. Mañana y pasado, gran baile popular en el campo que rodea el Santuario, al pie del monte. Es costumbre de las señoras principales, en días tan alegres, sacar de las arcas los mantones de Manila...

MARIA

¿Y bailan?

VICENTA

Baila sólo el pueblo. Nosotras organizamos meriendas, paseamos en el bosque, nos reunimos las amigas, formamos corros...

MARIA

¡Oh, sí!... Un rato de expansión, al aire libre, entre personas amables, me agrada mucho...

VICENTA

Pues allá nos vamos. Yo tengo mantones...

ESCENA V

MARIA, VICENTA, LEON, por la izquierda.

LEON

(En la puerta, gozoso, gallardo, descubriéndose.) Saludo á María, estrella de la mañana, torre de marfil, asiento de la sabiduría.

MARIA-

Ora pro nobis. (Riendo.) ¡Cómo viene hoy!
(Ocupa su sitio en la mesa.)

VICENTA

(Aparte.) ¡Jesús, qué saludos tan poéticos usa este hombre carbonífero!

LEON

Señora Alcaldesa, Dios la guarde. (A María.) Hoy, más que ningún día, anhelaba yo venir á tomar sus órdenes.

VICENTA

(Aparte.) ¡Y entra aquí como en su casa! Pues yo no me voy sin enterarme... (Retirándose á la izquierda.)

MARÍA

No se aparte usted, Vicenta. Todo lo que hablemos León y yo puede usted oirlo.

LEON

Tratamos de negocios. (Saca una voluminosa cartera y la pone en la mesa.) Señora Alcaldesa, acérquese usted. Aquí no hay secreto, porque los arrebatos de mi admiración por esta señorita sin par, de nadie los recato... quiero que sean públicos.

VICENTA

Y lo serán... Ya empiezan á serlo.

MARÍA

Vaya, vaya, tenga juicio.

VICENTA

(Maliciosa.) Creó haber oído... que María debe á usted sus conocimientos mercantiles.

LEON

No merezco el honor de llamarme su maestro. Si esto se dice, será porque algún ejemplo de mi azarosa vida le sirvió de lección saludable. De aquellos ejemplos ha sacado su ciencia; de su ciencia, sus triunfos y la reparación de su casa y familia.

VICENTA

¿Es cierto, amiga mía?

MARÍA

Cierto será cuando él lo dice, Vicenta.

VICENTA

Bien. (A León con picardía.) Sabe mucho su alumna.

LEON

¡Que si sabe! (Observando á María, que sonríe.) Vea usted esos ojos, que penetran en toda la realidad humana.

VICENTA

¡Los ojos!... Esa es la ciencia que á usted le fascina, señor mío.

MARIA

No le haga usted caso, Vicenta. Hoy le desconozco: el hombre más aplomado y más sereno del mundo, se nos presenta como un cadete sin juicio... ¿Qué le pasa á usted hoy?

LEON

Me pasa... Pues verá usted: hoy he despertado con una idea luminosa, que repentinamente brotó en mí como una inspiración. Pensé...

MARIA

(Con gran interés, levantándose y pasando al centro.) ¿A ver, qué ha pensado el hombre?

LEON

Muy sencillo... Pienso... como si Dios murmurara en mi alma... pienso que después de tanto penar, después del largo espacio de soledad y afanes en mi trabajosa vida, ya merezco el descanso, la alegría. Acábase mi Purgatorio y denme el Cielo, que ya tengo bien ganado.

VICENTA

¿Y quién es usted para decir y afirmar que lo merece ya?

MARIA

Eso sólo Dios lo decide.

LEON

Pues... á eso voy. Creo que Dios ha decidido mi indulto.

MARIA

¿En qué se funda para creerlo así?

LEON

En que... hoy, hoy ha dispuesto Dios... algo que estimula mis esperanzas. Y al hacerlo así, me ha dicho...

VICENTA

¿Dios?... ¿Pero habla Dios con los comerciantes?

LEON

Alguna vez... Pues me ha dicho... "Pobre alma, acábase tu suplicio... ven... llama á la puerta de mi Cielo... No faltará un ángel que te abra..."

VICENTA

¿Y ha llamado usted?

LEON

Voy á llamar.

VICENTA

(Aparte.) Sin duda estorbo para el llamamiento... Pero aquí me planto.

MARIA

(Queriendo variar de conversación.) En fin, loquinario, ¿viene usted ó no á que pongamos en orden nuestras cuentas?

LEON

No... Digo, sí... vengo á eso... y á otra cosa. Empecemos por las cuentas.

VICENTA

(Apartándose.) ¡Ay, ay, ay! Estas cuentecitas... me parece á mí que es el diablo qui en las arregla.

LEON

(Saca de su cartera un papel.) Liquidación de azulejos.

VICENTA

¿Qué, también vende alfarería? En el nombre del Padre...

LEON

Alfarería y cerámica superior. ¿A qué ese asombro? Mi discípula pidió á Sevilla dos partidas de azulejos: la una superior, con reflejos metálicos... la otra ordinaria. A mí me dió el encargo de colocarlas... ¿Pero no ha visto usted el zócalo del nuevo salón del Ayuntamiento?

VICENTA

Y los portales de las casas nuevas... sí.

LEON

(A Maria.) La clase superior se ha vendido ya totalmente. La otra ya irá saliendo. Liquidaremos las dos...

MARIA

No: liquidemos sólo la partida realizada.

VICENTA

(Aparte.) Estas partiditas y estas liquidacioncitas... ¡ay! (Suspira.)

LEON

(Saca billetes de su cartera.) Son ochocientas treinta y dos... Rebajadas las letras de Aguiló Hermanos, Pasamañería, que pagué, resultan...

MARIA

(Después de hacer rápida cuenta.) No tiene usted que darme más que cuatrocientas catorce, con diez céntimos.

LEON

Hija, no: seiscientas veintiocho.

MARIA

¿Y su comisión, no la descuenta?

LEON

Deje usted. Otra vez será.

MARIA

No, no. ¡Lucido está el maestro! ¡Vaya un ejemplo que me da!... No hacemos más tratos si no descuenta ahora mismo...

LEON

Bueno, bueno: no riña. (Contando.) Cuatrocientas catorce... No discuto con usted nin-

guna de las formalidades mercantiles, y tomo lo que, según convenio, me corresponde. Esto no quita para que esté dispuesto ahora y siempre á dar á usted mi hacienda toda, mi vida, y mil vidas si mil tuviera.

VICENTA

(Aparte.) ¡Ay, Dios mío, esto está perdido!

MARIA

Pues con esto, unido á lo que me trajo usted ayer por las vajillas de porcelana superior y la cristalería de Bohemia (Contando en la cesta del dinero)... y otras cosillas, tengo en mi caja más de dos mil pesetas... Verdad que hay aquí un ingreso... (Picaresca.)

LEON

¿De qué?

MARIA

¡Curiosón!... Esto es una partida secreta... un dinerito que me ha caído del Cielo. No puedo decir más.

VICENTA

(Aparte maliciosa.) ¡Qué cielo será ese, Señor, de donde caen estos dineritos!

MARIA

Bueno, bueno. Pues lo que debo á usted sigo pagándolo en partiditas... Abóneme otras trescientas pesetas. (Se las pone delante.)

LEON

¿De veras no las necesita? Antes que los principios, está la conveniencia de usted.

MARIA

(Insistiendo.) No, hijo: cuando digo que...

VICENTA

(Aparte.) ¡También le presta dinero!

LEON

(A Vicenta.) Estos son negocios, esto es ley y mutuo auxilio comercial, señora Alcaldesa.

MARIA

Llevamos nuestras cuentas con todo rigor.

LEON

Aquí no hay engaño ni misterio. Señora mía, está usted en la casa de la sinceridad, de la honradez más pura.

VICENTA

Sí, sí... Pero estos tratos y combinaciones...

LEON

(Con brío.) A gritos los digo yo en medio de la calle. Y puesto á descubrir mi alma, gritaré también que quiero á María, que la quiero con amistad, con respeto, con amor: la trinidad del querer...

MARIA

(Riendo.) ¡Qué sutil y qué hiperbólico, Dios mío!

VICENTA

¿Pasión tenemos?... Ya dije yo...

LEON

Culto fervoroso que no quiere ni debe ocultarse.

MARIA

Basta ya... Cállese la boca. Sea usted discreto.

LEON

No puedo callar. La realidad presente me ordena la indiscreción.

MARIA

(Confusa, turbada.) ¿Qué realidad es esa que ayer no existía y hoy sí?

LEON

Ha llegado la ocasión de que todos los buenos afrontemos la verdad de la vida, y despreciemos todo artificio por imponente que sea.

MARIA

(Con gran confusión.) ¿Qué dice?... ¿qué pasa?

LEON

Cualquier suceso inesperado abre á la voluntad humana caminos nuevos.

VICENTA

Ya, ya. (Con pretensiones de agudeza.) Crisis comercial... ¿no es eso?

LEON

Sí, señora... crisis.

MARIA

¿Crisis en el comercio de usted ó en el mío?

LEON

En los dos... No, no: en el de usted.

VICENTA

Subida inesperada en el precio de los artículos.

LEON

Sí... Artículo hay que ha estado por los suelos, y ahora sube, sube...

MARIA

No entiendo...

VICENTA

Y vendrá la quiebra.

LEON

Para impedir la ruína de mi amiga, le propongo mi apoyo comercial.

MARIA

¿Cómo?

VICENTA

Es muy sencillo... asociándose...

LEON

Propongo un negocio comanditario... sobre nuevas bases... Formulado lo traigo aquí. (Saca de su cartera un pliego sellado.)

MARIA

(Con gran curiosidad, tomándolo.) A ver, á ver... (Trata de abrirlo.)

LEON

No, no: la índole delicada de este nuevo negocio exige que usted no se entere de él hasta que pueda consagrarle toda su atención... en la soledad.

VICENTA

Ya... estorbo.

MARIA

No. (Persistiendo en su confusión.) ¡Si no es amor, Vicenta: es...!

VICENTA

¿Que no? Abra usted y lea.

LEON

Ahora no.

VICENTA

¡Si bien claro lo dijo antes! Huído del Purgatorio, se atreve á llamar á las puertas del Cielo.

LEON

He llamado, sí... ¡y con alma!

VICENTA

Me parece que no le abrirán, señor mío. (Mira alternativamente á León y á María. Pausa. María mira al suelo, á León; mira la carta. Con los ojos expresa todo: alegría, expectación, miedo de dar á conocer sus sentimientos ante su amigo.)

LEON

(Que ha recogido rápidamente su cartera y sombrero.) Si no me abren, si soy despedido, volveré al lugar de suplicio y expiación. Sé padecer; conozco el dolor; viviré recogido y encerrado en el desconsuelo infinito... sin que por eso flaquee mi fe cristiana. Siempre diré: Dios en las alturas, María en la tierra. María es la paz; María es la esperanza, la flor y el fruto de todo bien... (Se retira hacia la izquierda.) He llamado y espero. (Hace ligera reverencia y se va. María le sigue con la mirada. Permanece absorta.)